



ANTONIO CÉSAR MORENO CANTANO

JEANNESVILLE

JEANNESVILLE

Antonio César Moreno Cantano



Introducción

Era un miércoles cualquiera en el pequeño y tedioso pueblo de Jeannesville, en lo más profundo del estado de Washington. El deteriorado cine del centro -por darle algún nombre-, vestigio de épocas más gloriosas, era prácticamente la única diversión para los jóvenes que aún no se habían atrevido a emigrar hacia las grandes ciudades en busca de una oportunidad en el futuro. Johny Bonesvegas era uno de los que se resistía a marchar. Era el prototipo de adolescente antisocial, enfrentado con el mundo y hastiado de todo, en especial de su familia. Tanto le daba Jeannesville o cualquier otro lado para desplomarse en la cama y pasarse las horas sin saber qué hacer. Esa tarde, de un miércoles cualquiera, proyectaban una cinta sobre el ya manido tema de un virus que se propagaba entre la humanidad y convertía a la población en zombies hambrientos que acababan con todo ser viviente sobre la faz de la Tierra. Johny aprovechó los trailers previos para hacer una rápida, y necesaria, escapada a los aseos antes del inicio de la película. Mientras se aproximaba a la puerta iba pensando que sería "fabuloso" que sus vecinos de Jeannesville se transformasen en muertos vivientes y acabasen con sus "odiados" (era una manera cariñosa de referirse a ellos) compañeros de instituto. Aunque nada de ello ocurrió, por supuesto, le llamó la

atención coincidir en el interior de los baños con cuatro hombres que no había visto jamás -lo que era difícil en Jeannesville- y que discutían acaloradamente sobre un asunto que no fue capaz de discernir. Pese a todo, no le dio más importancia al asunto y regresó a la sala.

Estaba de nuevo sentado en su butaca cuando de repente oyó una voz en su cabeza que decía: -Si escuchas la palabra AMATISTA eres una persona excepcional, levántate y acude a la salida-. Al instante, Bonesvegas observó como la gente que se congregaba esa tarde en el cine -unas quince- se levantaban de manera automática y se dirigían rápidamente al destino señalado. No era un héroe ni pretendía serlo, pero no pudo reprimir gritarles con todas sus fuerzas que se parasen. La presencia en los baños de esos desconocidos y lo que estaba ocurriendo no era muy normal, incluso para alguien tan "especial" como Bonesvegas. Salió corriendo tras sus paisanos y, tras pisar la calle, comprendió que su destino y el de Jeannesville nunca volvería a ser el mismo....

Un día antes en el Instituto Hoover

El profesor Shellman, responsable esa semana de la sala de castigo, miraba con desprecio al grupo de alumnos que estaban allí "recluidos". Para no variar, los pupitres eran ocupados por los *tres mosqueteros* del Hoover. El "raro" de Bonesvegas, la "fumeta" Peggy Rowling y el "ausente" Roland Sox. Como en anteriores ocasiones, la trasgresión de las normas básicas de convivencia en el Aula de Laboratorio les había llevado allí. Su última ocurrencia había sido soltar una musaraña en pleno examen. La idea había sido del ingenioso Johny, que los días que no estaba encerrado en su cuarto escuchando a plena potencia Pearl Jam o Nirvana, los pasaba explorando el bosque que rodeaba su destartalada casa. Otra cosa no, pero a la hora de capturar bichos raros nadie lo ganaba. En su última excursión, cerca del río Willows, le habían acompañado las dos únicas personas que le producían cierta simpatía, la siempre colocada Peggy y el cerebritito del instituto, Roland.

Aprovechando la salida del aula del profesor Shellman, los tres se miraron y pudieron intercambiar unas breves palabras. Tíos -dijo Peggy en voz baja-, mi madre vio ayer una furgoneta flipante cerca de la Iglesia. Dice que, por fin, han mandado desde Seattle a los jefazos de la Minería para cerrar el acuerdo. Bonesvegas se rió y negó con la cabeza. Seguidamente respondió con una frase que en el futuro se rebelaría demoledora: -¿Y tú crees que alguien vendría a Jeannesville aunque fuese para eso?. Joder Peggy, cada día se te va más la cabeza con esa mierda que te fumas de tu padre-. Roland asintió con la cabeza y parco en palabras, como siempre, concluyó la conversación: -Ni los muertos se quedan en Jeannesville, van a venir los vivos-. Se hizo de nuevo el silencio cuando oyeron los pasos del profesor Shellman que regresaba.

Matisse

El chirrido de la rueda oxidada de la silla en la que se encontraba postrada Matisse era el

primer recuerdo que tenía de su infancia. Nacida con una deformidad en las piernas nunca había conocido lo que era correr en libertad o poder realizar las más simples de las acciones sin ayuda de nadie. Algunos familiares achacaban su minusvalía a las constantes intoxicaciones que su padre, el Sr. Keris, había sufrido durante años en la mina de cuarzo del condado. Esta adversidad había forjado en Matisse un carácter luchador y duro, incapaz de doblegarse ante ningún obstáculo. Su vitalidad y energía contrastaban con la actitud melancólica y depresiva de su madre, sumida en la más profunda de las tristezas desde el fallecimiento en extrañas circunstancias de su marido en el sector n.º 21 de la mina *Coldwood*. Desde ese día había litigado con la empresa "Amatista Corporation" por lograr una pensión digna con la que alimentar a su hija y asegurarle un futuro esperanzador.

Dicen que los polos contrarios se atraen y la extraña relación que desde muy temprana edad mantenían Matisse y Johny Bonesvegas eran un claro ejemplo de ello. No eran pareja, ni mucho menos, eran algo más profundo, más trascendental, compartían una amistad que estaba por encima de todo y de todos. Por esa razón, cuando recibió un mensaje de móvil de Johny proponiéndole una cita a solas, en plan íntimo, para ir al cine del centro se quedó muy sorprendida. Ahora una duda rondaba su cabeza de manera incesante, ¿sería correcto acudir a ese encuentro?

Un miércoles cualquiera a la salida del cine

Johny Bonesvegas nunca pudo imaginar que ese miércoles de abril iba a finalizar tal y como había comenzado, totalmente vacío, en el más completo sentido de la palabra. Matisse había declinado su invitación de acompañarlo al cine y ahora se encontraba con un panorama totalmente surrealista e incomprensible. Apenas veinte segundos después de que el Sr. Farrowson abandonase la sala, Johny llegó a la calle Madison y lo que allí vio le sorprendió -lo que era difícil para alguien como él, adicto a la literatura y cine de ciencia-ficción y terror -enormemente. Lo que una vez había sido una vía concurrida -si como tal se consideraba a juntar al mismo tiempo a más de cinco personas- se encontraba totalmente desierta, como si nunca hubiese estado habitada. Rompía esta monotonía de soledad una furgoneta negra metalizada que se divisaba junto a la esquina del Parque Rogerson, donde una vez estuvo instalada la pequeña tienda de deportes del equipo de baseball del pueblo. Sus ojos eran incapaces de abarcar un espacio tan enorme sin nada en lo que concentrar su atención, pero un detalle le obligó a abrirlos aún más. ¿Qué hacía la silla de Matisse tirada en medio de la calzada? Y aún más importante, ¿dónde se había metido la gente que minutos antes estaba con él en el cine?

El comunicado. Quince años antes un miércoles cualquiera

"A la atención de todos los trabajadores de la mina *Coldwood*:

La dirección de la empresa comunica que, hasta nueva orden, se extremarán las medidas de

seguridad para todo el personal que tenga como punto de extracción y procesado de cuarzo el sector n.º 21.

Los accidentes ocurridos en las últimas semanas, con la hospitalización de varios trabajadores, nos obligan asimismo a realizar análisis de sangre a todo el personal para detectar una posible propagación de la enfermedad. Se informará en breve del día y lugar donde se efectuará dicha prueba.

Por otra parte, se recuerda nuevamente que **queda terminantemente prohibido** -máxime teniendo en cuenta lo acaecido en recientes fechas- **sacar del recinto de la empresa cualquier fragmento de cuarzo**, más aún si esta corresponde a la variedad rosa localizada en el mencionado sector n.º 21.

Agradecemos de antemano la colaboración de todos y lamentamos las molestias que se hayan podido ocasionar,

La Dirección.

En Jeannesville, a 3 de febrero de 1982".

Stanley Keris leyó el comunicado y se puso más nervioso de lo que ya estaba. Costaba imaginar que esas malditas rocas, de las que tanto polvo inhalaba cada día en las entrañas del suelo, pudiesen provocarle tantos problemas. A la denuncia del encargado -el cabrón de Morris- por haber sustraído más de 20 kg de Amatista en el último mes, había que añadirle las extrañas manchas que le había salido alrededor de la cintura. Tan solo pretendía conseguir unos ingresos extras para hacer frente a los constantes cuidados que requería su pequeña Matisse...

La cita que nunca fue

Tras meditarlo un largo rato, Matisse lo tuvo claro. No podía aceptar la invitación de Johny. Eso supondría que el fuerte lazo que anudaba sus vidas se rompiera por un imposible, como era la pretensión de dar un paso más en su amistad. Intentó contestarle de una manera diplomática: - Johny, no podré ir, no te enfades. Aún estoy un poco flipada con lo que me dijiste. A la salida de la peli hablamos y lo aclaramos en la Cafetería de Sally, ok?-. Pasaron las horas pero no recibió contestación.

Bonesvegas leyó el mensaje y arrojó el móvil al suelo en un gesto de rabia. ¿A qué tantas precauciones? -Asco de tías-, pensó. Cogió su chupa de cuero gastada y salió de casa cabreado camino al centro.

Matisse no podía aguantar más la espera y -contra su parecer- se decidió a llamarlo. Nada. No hubo manera de que cogiese el teléfono. En ese caso tomaría otro camino. Cogió el periódico del pueblo que había sobre su escritorio y miró el horario de la película. Para bien o para mal

daría con él, lo pillaría a la salida. El camino hasta el parque Rogerson se hizo especialmente largo ese día. Se notaba más fatigada de lo normal. Al principio no se percató, pero tras atravesar las calles Rider y Scott cayó en la cuenta de que había un gran silencio. Los jardines, los parques, las tiendas, la carretera... estaban vacíos. A medida que se aproximaba a su destino su mente pareció bloquearse y a sonar dentro de ella, una y otra vez, la palabra AMATISTA, AMATISTA. Se dirigía de manera irrefrenable hacia lo que parecía el foco de esa voz en off. Decenas y decenas de furgonetas negras, con un extraño aparato sobre el capó, se iban llenando con hileras de vecinos de Jeannesville. Al igual que ella, parecían estar en trance, con la mirada pérdida, formando disciplinadas hileras que rápidamente ocupaban dichos vehículos. Lo último que fue capaz de divisar antes de que el automóvil cerrase sus relucientes puertas fue otra cola de gente que procedía del cine y su silla de ruedas tirada al borde de la acera...

El director de Amatiste Corporation

El Sr. Michael Oldman miraba distraído desde el asiento de su despacho los continuos movimientos de los camiones de carga. Había sido un camino muy largo, pero todos los esfuerzos (sin matices de ningún tipo) realizados compensaban con creces su nuevo puesto en la empresa: Director Ejecutivo de *Amatiste Corporation*. Sin embargo, la paz de su cargo se había interrumpido en las últimas semanas con la enfermedad de decenas de mineros. Pese a las investigaciones y pruebas realizadas por su Departamento de Sanidad no se sabía la causa de tal mal. Algunos apuntaban, como el “tocapelotas” del doctor Monsbill, que la infección se había originado en el sector n.º 21. Tal vez fuese así, meditó para sus adentros Oldman, pero por nada del mundo renunciaría a los beneficios que aportaba a la empresa, y por ende a su propio bolsillo, un cuarzo tan especial, de un color y pureza extraordinaria. Sus aplicaciones en el mercado mundial eran enormes, más aún cuando desde el Instituto de Psicología Avanzada de la Universidad de Yale lo utilizaban como “catalizador” de un novedoso artefacto para la manipulación mental. Lo que desconocían desde *Amatiste Corporation* era que detrás de esa institución se encontraba una Sección Reservada de Investigación del Ejército de EE.UU., sumamente interesada en las posibles aplicaciones militares de un mecanismo de tal naturaleza.

Los pensamientos de Oldman se interrumpieron de manera brusca cuando sonó el teléfono. En cuanto se acercó el auricular supo de quién se trataba. Era la dulce y venenosa voz de la Srta. René Rosenberg, del Laboratorio de Yale. –Dime preciosa, ¿qué quieres?-, preguntó Michael. - Guárdate los cumplidos viejo verde, ya sabes por qué te llamo- le replicó René. -¿Por qué habéis disminuido el envío de cuarzo rosa, precisamente ahora que estamos en la fase final del proyecto? - prosiguió. –Lo sé, lo sé. Pero tenemos complicaciones. El Sindicato me está tocando los cojones. Algunos de los trabajadores están cayendo como moscas por culpa de (con un tono muy pausado) “vuestro querido cuarzo”-, le contestó Michael. –No me vengas con historias. Las

cláusulas de nuestro acuerdo eran claras: un millón de dólares por entrega. Y si cumples con los plazos establecidos el “regalito” que tú ya sabes-, replicó René. –De acuerdo, de acuerdo, ya me las arreglaré. Sabes que siempre lo hago. Te llamaré en breve. Cuídate guapa-, finalizó Oldman.

Al momento descolgó de nuevo el teléfono y llamó a su secretaria, Lonnie Rogers: -Necesito que cites para mañana a primera hora a los empleados enfermos. Coméntales que les haré una oferta que no podrán rechazar....-

Recuerdos imborrables

¿Os imagináis poder recordar todos los detalles de vuestra vida, hasta la más intrascendente de vuestras experiencias? La gran mayoría pensaría que es un don extraordinario, propio de mentes privilegiadas. Es lo que opinaban los compañeros de Johny Bonesvegas cuando tocaba escribir alguna redacción en el colegio sobre la infancia o las vacaciones de verano. La exactitud de sus descripciones dejaba maravillados a todo el profesorado. Lo que no podían sospechar era que las humillaciones que recibía su madre de un marido depresivo; los lamentos de dolor de una abuela postrada en una cama o la tristeza de una casa que apenas tenía que llevarse a la boca... se repetían una y otra vez en su cabeza, torturándole sin descanso. Por suerte, o desgracia para opinión de otros, la hipertimesia -como habían diagnosticado los especialistas a esta extraña “habilidad”- desapareció de manera espontánea cuando tenía 13 años. Ocurrió una gélida mañana del mes de diciembre, cuando Johny prefirió adentrarse en lo más profundo del bosque y saltarse nuevamente las clases. Ese día la niebla era más intensa que de costumbre y pese a las bajas temperaturas sentía el deseo irrefrenable de caminar sin descanso. Cuando sus pies no pudieron más y paró, se dio cuenta de que se encontraba cerca de las vallas que rodeaban las enormes instalaciones de la empresa minera del pueblo. Nunca antes había estado allí y sentía una gran curiosidad por ver cómo serían esos oscuros y largos túneles de los que todo el mundo hablaba. Sin embargo, y por mucho que le apeteciese, tendría que intentar bajar en otro momento. El continuo trasiego de trabajadores y máquinas impedía cualquier aproximación. Resignado dio media vuelta y reemprendió la larga marcha a su “animado” hogar. Despistado y asqueado de su tediosa vida se adentró por un sendero poco transitado, como se deducía de la intensa maleza que lo poblaba. Casi una hora después de seguir lo que parecía ser un pequeño camino se encontró de golpe con la entrada a una pequeña cueva de la que resplandecía una potente luz rosada. Al acercarse más ella se quedó atónito ante lo que vio. Sus ojos estaban abiertos como platos... hasta que se cerraron bruscamente y todo se tiñó de negro. Cuando los abrió de nuevo se encontraba en la cama del Hospital Jefferson y el dolor de su sien era tan intenso que creía que iba a estallarle. Por primera vez en su vida no era capaz de recordar lo que había sucedido.

Abril de 1982. Los diarios del doctor Monsbill

A diferencia de lo que transmitía el director, el Sr. Oldman, desde un punto de vista médico, si había motivos para la preocupación. Pese al detallado y minucioso reconocimiento del sector número 21, las muestras recogidas, los propios análisis de sangre y todo tipo de procedimientos, nada parecía indicar que el cuarzo rosa de tan alto valor que allí se extraía pudiese provocar los extraños síntomas que algunos trabajadores presentaban en las últimas semanas. Si todo eso era correcto -en apariencia-, ¿por qué el resto de mineros, localizados, en otros puntos de la mina, estaban sanos? Robert Monsbill no paraba de darle vueltas a la cabeza. No solo se trataba de las presiones que recibía de su superior, sino que en su propia conciencia sabía que tenía que encontrar una causa a las extrañas manchas que aparecían en las cinturas del personal que visitaba ese lugar tan concreto de la empresa. No era únicamente una cuestión de estética, sino que tras la aparición de esos círculos rosáceos la sangre comenzaba a aguararse y conducía a una parálisis completa del sistema vital, causando la muerte en tiempo. Aunque los dos primeros fallecimientos se habían "tapado" con una jubilación forzosa de los enfermos y su posterior "exilio" a un lugar exótico con todos los gastos pagados (era un eufemismo para enmascarar su ingreso en una clínica de lujo aislada en un lugar sin concretar, previo pago a los familiares por su silencio total), no parecía que con Stanley Keris la fórmula fuese a funcionar. Esa noche, Robert anotó en su diario, del 15 de abril: "No existe ningún patógeno o elemento contaminante consecuencia de los gases químicos que se liberan de la litosfera por la extracción a la superficie de la amatista. Pese a las pruebas realizadas no se puede establecer una ligazón entre esta acción y la enfermedad de algunos trabajadores. Barajar nuevas hipótesis. Investigar si existen precedentes en otros países con grandes filones como Alemania o Australia. ¿Tendrán alguna validez las leyendas que pesan sobre Jeannesville y los Duwamish?". Cerró su preciado diario de pieles viejas y se dejó a sí mismo que debería hablar con el viejo Yanyauni, uno de los pocos descendientes de dicha tribu amerindia del pueblo.

La cita que si fue

Oooooh-, gritó de placer Michael. Bajo su cuerpo peludo, René cerró lentamente sus piernas mientras se mordía los labios. -Ahora me toca a mí-, dijo mientras cogía la gruesa mano de su "socio" y la restregaba lentamente contra su clítoris. El juego duró apenas cinco minutos y acabó satisfactoriamente. Como era frecuente tras sus encuentros secretos en el Motel Liamness, la furtiva pareja (no solo por estar casados ambos, sino porque a nadie convenía que pudiesen establecer una ligazón entre *Amatiste Corporation* y el Departamento de Psicología de la Universidad de Yale) hizo un breve repaso de la situación del acuerdo que se traían entre manos, nunca mejor dicho. -El ensayo realizado en tu asqueroso pueblo ha sido un éxito-, le dijo dulcemente René a Michael al oído. Aunque ese "viejo verde", como siempre le tildaba cuando hablaban por teléfono, le pareció en un primer momento un prepotente y arrogante, supo desde el

instante en que se lo presentaron que podía ser un buen partido. Los negocios se mezclaron rápidamente con el placer, en un principio por interés y después por deseo, simple y pura atracción sexual. Aunque René nunca había tenido dificultades por conseguir al hombre que desease, Michael rompía el prototipo de varón con el que siempre había estado. Ese aire pueblerino, tan de Jeannesville -como Michael se vanagloriaba de pavonear por todas partes-, le daba un punto de originalidad y exotismo, como René le había declarado alguna vez. Regresó de nuevo a la conversación, tras sus pensamientos. -¿Cuál será el siguiente paso?-. Este admiró sus senos y su joven silueta, y tras lamerle el cuello le dijo: -por ahora solo quiero aprovechar lo que queda de noche junto a tu lado, mañana será momento de reubicar a nuestros "captados"-.

Diez años después de la cita que nunca fue

Aquella mañana, como todas las de los últimos años, el Sr. Bonesvegas -hacía mucho tiempo que había quedado atrás aquel joven desarraigado y fracasado de Johnny-, apagó el reloj de su mesilla cuando sonó a la temprana hora de las 5 de la madrugada. Era difícil explicar cómo, después de todo lo que había pasado desde aquella frustrada cita con Matisse de hace una década, había llegado a ser un ejecutivo destacado de la empresa *Amatiste Corporation*. Tras una ducha corta, un rápido café y ponerse su impecable traje negro, camisa blanca y corbata ocre, se montó en su *Jaguar* plateado y se dirigió velozmente a su puesto de Adjunto a la Dirección. Ese día tenía una entrevista muy importante. Por fin, después de muchos desvelos y sacrificios, el Sr. Oldman -aquejado de una dolencia intratable- iba a delegar en él toda la responsabilidad de la compañía. El desafío era gigantesco. El desarrollo e implementación de la segunda fase del "Proyecto 21". Los pasados acuerdos con la Universidad de Yale habían sido un éxito y, más aún, con el propio Ejército del país. Sin embargo era necesario dar un paso más y, al igual que había ocurrido hacía diez años, se necesitaban nuevos "captados" de Jeannesville para la experimentación. Aunque las operaciones encubiertas habían sido muy satisfactorias, mostrando a las claras el potencial de aquel cuarzo tan especial, la oposición a nuevas maniobras en este sentido se antojaban sumamente complicadas. La nueva alcaldesa del pueblo, su antigua amiga Matisse Keris, no estaba por la labor de seguir con ese tipo de juegos. Sea como fuese, hoy tendría que reunirse con ella e intentar llegar a un acuerdo, por las buenas o por las malas. La amistad era un recuerdo pasado que no iba a empañar su prometedor futuro.

El director de Amatiste Corporation. Parte II (1985)

Lonnie Roger llevaba toda la vida al lado del Sr. Oldman. A lo largo de sus años de servicio como Secretaria se había mostrado como una persona muy diligente y, sobre todo, discreta. Ese carácter le había llevado a ser muy disciplinada en sus quehaceres diarios, dejándole poco tiempo para otras tareas que no fuesen su trabajo. Sin embargo, en los últimos meses todo se había

complicado. Las enfermedades que habían aquejado a varios de los trabajadores de la mina y las amenazas anónimas que recibió de algunos de ellos, la habían llevado a un estado de nerviosismo constante. Sintió un gran alivio cuando el Director le comunicó que todos estos "contratiempos" se iban a solucionar esa mañana. Con paso seguro, sabedor de que había lidiado con situaciones de tal talante años atrás, entró como un rayo en la sala y se plantó delante del Comité de Trabajadores. La cosa iba a ser fácil, entre ellos ya no se encontraba el problemático Stanley Keris, que incluso había llegado a humillarle en público y lograr unas indemnizaciones millonarias para el personal "contagiado" de la empresa. Pero, por suerte, esa situación jamás se volvería a repetir. La razón era muy sencilla, Keris había fallecido hacía tres años y no había nadie capaz de poder pararle los pies. Su mensaje fue claro y directo: -la única alternativa es el silencio y aceptar una pensión vitalicia de 50.000 dólares anuales para vuestras familias. Además, seréis tratados en unas clínicas especiales, por lo que aún tendréis alguna posibilidad de escapar a la muerte-. Ningún trabajador alzó la voz, y continuó: -ya sabéis, tal y como ocurrió en 1982-. Nadie fue capaz de replicarle y señalar que no habían vuelto a tener noticias de sus antiguos compañeros. El temor al todopoderoso Director era demasiado grande como para no aceptar. Y, además, la supervivencia de sus familias les obligaba a ello.

Yanyauni

En la ribera del Lago Washington. Antiguamente el Lago D'Wamish, en honor a la tribu amerindia que dio nombre a la capital de dicho Estado, Seattle. Una gélida mañana de abril, un grupo de niños escucha las palabras del anciano chamán de la tribu, Scholitza. A sus casi 80 años ha vivido el auge y declive de su pueblo, su resistencia a vivir en una reserva como otros tantos pueblos de la región. Por nada del mundo abandonaría las tierras de sus ancestros. Su mundo es reducido, pero contempla una cantidad de leyendas y creencias inabarcables. Ha llegado el momento que los más jóvenes conozcan la más importante de ellas y la puedan transmitir a las generaciones venideras, si es que logran sobrevivir al hombre blanco. Scholitza comenzó su relato, en un tono bajo pero profundo: "Todo está dirigido por Yexwela, el Gran Águila, gobernante del Cielo. Nada escapa a su mirada. No solo los pájaros que revolotean en el aire, los conejos que se esconden en sus madrigueras, los salmones que nadan en el río... incluso los espíritus de los hombres son controlados por su aguda mirada. Por esa razón, desde el principio nuestro pueblo lo ha venerado; su fuerza, su destreza, su sabiduría son un ejemplo para nosotros. Pero incluso el Gran Yexwela comete fallos. En una ocasión, el único huevo de su nido se precipitó desde lo alto del pino milenario. Pese a todos sus esfuerzos no pudo alcanzarlo y cayó en la boca de Yusqw, el salmón rosáceo. Rechazando las advertencias de Yexwela, Yusqw se lo tragó en venganza por todos los miembros de su especie que habían caído bajo sus garras. Y le dijo que lo depositaría en lo más profundo del lago, donde nunca podría cogerlo. Por esa razón,

Yusqw y sus compañeros escamados comenzaron a excavar durante miles de años en las profundidades del D'Wamish. Cuando consiguieron una grieta lo suficientemente profunda y oscura para la mirada de Yexwela, depositaron el huevo allí y lo cubrieron con sus heces. Milenios después el "no nacido" del Gran Águila, como consecuencia del efecto del agua, la inmundicia y la oscuridad, se petrificó. Pero la bondad y poder de Yexwela eran tan grandes que lograron que esta piedra negra se transformase en una gigantesca roca de cuarzo rosa, para que su luz le permitiese poder alcanzarlo en algún momento de la eternidad. Sólo él tendría la potestad de descubrirlo. Si alguien se lo impedía desaparecería bajo sus mortíferas garras..." Una vez que Scholitza terminó su historia, Yanyauni se levantó y miró al cielo. Vio la silueta de varias águilas a lo lejos. ¿Sería alguna de ellas Yexwela? ¿Dónde se encontraría el huevo que escondió Yusqw? Esas preguntas no encontraron respuesta hasta su propia vejez. La llamada del doctor Monsby precipitó su resolución.

Matisse, el despertar. La cita que no fue ni será

En su cabeza se oía un zumbido, constante, ensordecedor: AMATISTA, AMATISTA, "-¿qué significaba todo aquello?"- Cuando Matisse consiguió abrir los ojos se dio cuenta de que se encontraba tumbada en una camilla, en una gigantesca nave, junto a decenas de sus vecinos de Jeannesville. Las paredes estaban desnudas, y por todo el recinto resplandecía una luz morada. Era incapaz de pronunciar una sola palabra. Aunque intentó gritar y exclamar, "-¿qué coño hago aquí?, ¿por qué no he podido llegar al cine?", su boca permanecía muda, inalterable, sin fuerzas para emitir el menor de los sonidos. Pudo girar de nuevo la cabeza, en esta ocasión hacia la izquierda, y contemplar como aquellos hombres de traje oscuro seguían introduciendo cuerpos inertes en esa enorme sala. Poco a poco la somnolencia le fue venciendo y, al momento, la oscuridad volvió a llenar aquel surrealista escenario de tonos rosáceos.

A lo lejos, varias personas uniformadas militarmente sonreían complacidas ante las explicaciones de la Dra. Rosenberg: "-caballeros, esta es una pequeña muestra del potencial que pueden alcanzar nuestras maravillosos cuarzos..." Una voz roca y segura agregó, "¿qué haremos ahora con toda esta gente".

En el Hospital. El fin de la hipertimesia de Johny Bonesvegas

Los médicos le hicieron numerosas pruebas, de toda índole: análisis de sangre, inspecciones oculares, radiografías... Los resultados no desvelaban nada fuera de lo normal. Sin una razón aparente, el paciente se había "curado" (en lenguaje coloquial) de su hipertimesia, es decir, su capacidad privilegiada para acceder a cualquier recuerdo pasado y poder reproducirlo como si hubiese sucedido hace un instante. Johny llevaba años acudiendo, de manera programada una vez al mes, al hospital *Saint Francis*, a medio camino entre su pueblo y la capital del Estado,

Olympia, para aprender a convivir con tan especial don / maldición, según se quisiese interpretar.

Por inusual que resultase, el pequeño Bonesvegas era incapaz de conocer cómo había acabado en una habitación del referido centro hospitalario. Lo que tampoco sabía es que había sido trasladado a un ala del hospital, hasta ese momento siempre cerrado bajo el letrero de "en obras". Tampoco era muy común la bata que cubría al doctor que le trataba. En vez de llevar inscrito el logo de *Saint Francis* portaba el emblema del Ejército norteamericano, US ARMY. Y, aún más llamativo, sus manos presentaban unos pequeños círculos morados sobre la piel. En la televisión que colgaba de una esquina, una noticia captó su interés: protestas de los miembros de la tribu Dwamish de Jeannesville ante las puertas de la empresa *Amatiste*. La causa de tal movilización era la expropiación de sus últimas tierras a favor de la poderosa empresa minera. Entre la multitud distinguió una cara, aunque era incapaz de ponerle nombre.

La llegada de Matisse Keris y la maniobra de Stanley

Uno de los días más felices para Stan -apodo cariñoso con el que le conocían sus pocos amigos-, fue cuando nació su deseada Matisse a comienzos de 1982. Después de muchos años de intentos, él y su querida Emily iban a ser padres. Era una posibilidad que parecía remota, sobre todo a partir del momento en el que empezó a sentirse mal en la mina y, tras unos análisis de sangre rutinarios, el Dr. Monsbill le comunicó que su espermia era muy poco fértil. Por esa razón, la llegada de la pequeña a la familia fue una bendición. Pero la alegría siempre dura poco en la casa del pobre. Las primeras revisiones de su bebé fueron acompañadas de una dramática noticia, Matisse nunca podría caminar. Una lesión genética en la base de la médula espinal se lo impedía. A esta deficiencia física había que añadir el coste económico que supondría, para su modesto sueldo (su esposa no podía trabajar pues cuidaba a tiempo completo a su madre, con demencia senil muy avanzada), intentar adaptar su modesta casa a las necesidades de su hija: pasillos más amplios, baño especial, rampas... La presión y la responsabilidad fueron en aumento con el devenir de las semanas. Todo ello le condujo, en contra de la honestidad y bondad que le caracterizaba entre sus compañeros y vecinos de Jeannesville, a sustraer cuarzo del nuevo sector que habían descubierto en las últimas prospecciones en la mina. Se trataba de un material muy especial, muy apreciado por los responsables de la empresa, debido a su escasez mundial y al particular brillo que ofrecía el de *Amatiste Corporation*. Tras una serie de telefonazos con su primo, propietario de una tienda de bisuterías en Seattle, se enteró que en el mercado negro podría tener un gran valor, en especial para los joyeros del Este de Europa. Los problemas eran varios, cómo acceder a él ser sin visto, cómo mandarlo a un lugar tan lejano. El primer obstáculo encontró fácil solución, sobornar al Jefe de Seguridad, Francis Rupert, un borracho necesitado constantemente de dólares con los que seguir ahogando su hígado. Y el tema del transporte corrió a cargo de sus "secretos demandantes" europeos, que únicamente le indicaron que debería dejar el

material a las afueras de la localidad, cerca de la reserva Duwamish, bien protegido en pequeñas cajas de madera. Ellos se encargarían de todo. No necesitaba saber nada más. Era un negocio seguro y excelentemente pagado con el que poder dar un futuro más prometedor a su pequeña. No sospechaba que tras las facilidades del vigilante, se encontraba al acecho el encargado Morris. Y, por encima de todo, su estado de salud se deterioró rápidamente con sus continuos descensos al sector número 21.

Morris Sox

El trabajo. Desde que tenía consciencia, esa había sido la única motivación y obsesión de Morris Sox. A muy temprana edad demostró a sus padres que su futuro no eran los estudios, sino buscarse la vida y tener los medios necesarios para ser independiente. A pocos sorprendió que con 14 años dejara el Instituto y comenzase a cargar sacos de piedras en las carretillas de la mina del pueblo. Pese a los pocos dólares que le suponía este empleo, el joven Morris no desistió. Por una razón que desconocía, sentía una especial atracción por esas hoquedades en la tierra. No le importaba la oscuridad, ni el cansancio, ni las toses que lo acompañaron de por vida. Estaba satisfecho con lo que hacía y, con el transcurrir de los años, esa sensación se incrementó. Durante ese tiempo había mantenido una relación esporádica con Eloise Sauser, una joven cajera del supermercado de la familia Roodstock. El embarazo y posterior nacimiento de Roland fue el punto final de este idilio. No quería ni tenía ganas de ser el típico padre de familia. Eso le restaría tiempo de su única prioridad, escalar posiciones en *Amatiste Corporation*. El primer éxito le llegó cuando en 1982 fue nombrado encargado de los nuevos sectores del ala oeste, del número 19 al recién abierto, el 21. Tal y como había ordenado el Director, Michael Oldman, había que estar muy vigilante en todos ellos, en especial en el de nueva explotación. Tras varios meses en el nuevo cargo se presentaron las primeras dificultades. Alguien estaba sustrayendo, poco a poco, pequeños bloques de cuarzo. Una mañana llamó a su despacho al Jefe de los Vigilantes, Rupert, cuya fama de alcohólico le precedía. Morris, sentado en la pequeña silla de su destartalado despacho fue claro y contundente: -sabemos que has hecho la vista gorda, es imposible atravesar la zona de seguridad de las amatistas sin tu supervisión. Vas a ser despedido, digas lo que digas, pero puedes evitar que te denunciemos ante el Sheriff del condado. Tú eliges- Se hizo un largo silencio y después se oyó: -Stanley Keris-.